

## 9 Los sueños

I

Hasta ahora solamente he hecho dos observaciones generales respecto a estas cartas. Primera, que las mismas sustentaban mi criterio de que existe una rígida oposición popular a la idea de los sueños precognoscitivos o a cualquier manoseo del Tiempo. Segunda, que la mayoría de esas cartas procedían de personas situadas en una gran zona intermedia, entre los cándidos y viejos lectores de libros de sueños y las personas de refinada educación que han reflexionado y leído bastante respecto al Tiempo. Parece ahora momento oportuno para hacer otras observaciones más o menos generales, antes de considerar, como hemos de hacerlo, cierto número de sueños de muestra. Después, nos trasladaremos gradualmente desde un amplio punto de vista a otro cada vez más estrecho, pasaremos de centenares de corresponsales a sueños individuales, cada uno de los cuales vale la pena de ser examinado por una u otra excelente razón.

El término que con más frecuencia se encuentra en esas cartas es el de *vívido*. El sueño precognoscitivo, al parecer, casi siempre es un sueño vívido. Si esto va demasiado lejos, y deseamos que la oposición permanezca sosegada, podemos decir que muchas personas no pueden por menos que sentirse profundamente impresionadas por sueños singularmente vívidos y fáciles de recordar. En muy contados casos, se ofrecen como prueba sueños vagos, solo a medias recordados. (Una proporción bastante considerable de los autores de esas cartas, quizá uno de cada cinco de los que ofrecen ejemplos dignos de tomarse en consideración, han leído a Dunne y han tratado, en uno u otro momento, de seguir su consejo respecto a la conveniencia de registrar los sueños inmediatamente después de despertarse.) Se aprecia una impresión general—aunque raramente una declaración concreta sobre el tema—, en el sentido de que esos sueños poseen una cualidad propia, que los hace vívidos y fáciles de recordar. Difieren por completo de la usual mezcolanza de incidentes carentes de significado y fondos brumosos. En muchos casos, el sueño ha sido recordado de manera tan vívida, que el acontecimiento que prefigura parece, por contraste, más bien decepcionantemente desvaído, como si el sueño le hubiese robado el color.

Uno de mis comunicantes—y no es censura—se refiere a «un vívido cuadro» del sueño o pesadilla que tuvo una noche, en 1938, cuando era un joven de veinte años. Lo extraño del caso radica en que vio muy poco, pero sintió mucho. Sin ningún preliminar, el sueño-pesadilla empezó como una explosión, y luego tuvo «conciencia de un dolor lacerante» en el muslo izquierdo, antebrazo derecho y sien y ojo izquierdos. Prosigue mi comunicante: «Pude verme en el sueño, y, un instante antes de despertarme, vi manar la sangre de mis heridas. Me desperté frotándome el ojo izquierdo.»

El 29 de mayo de 1940, combatiendo en la retaguardia durante la acción de Dunquerque, resultó herido por una granada lanzada contra una pequeña posada campesina. Sufrió heridas en el muslo izquierdo, antebrazo derecho y región del ojo izquierdo, que se le llenó de sangre. Se acercó a un espejo para comprobar el estado del ojo, que se enjugó con un pañuelo, mientras cerraba el ojo derecho.

Mientras así se examinaba, experimentó «una extraña sensación de calma asustada, porque la imagen que vi ya la había visto aquella noche en 1938, en mi propia alcoba». Al final, pues, lo que pareció más importante fue lo que vio.

(De manera incidental, diré que yo solo puedo recordar una clara imagen de mi rostro en un espejo, en el curso de un sueño. Debí de suceder esto hace, por lo menos, veinticinco años, y, cuando me desperté, tuve la vigorosa impresión de haberme visto cómo sería en un momento dado del futuro. Mi pelo, que era oscuro y abundante a la sazón, parecía escaso y gris en la parte superior del cráneo, como está ahora, aunque el rostro parecía más fino de lo que es ahora. Sin embargo, es probable que muy pronto se aprecien nuevos deterioros, posiblemente al acercarme al término de este libro.)

Creo que debo hacer un hueco aquí para John Lee, antes de que sean discutidos sueños de índole muy distinta a la del que tuvo él. Lee era un mayordomo condenado a la horca, en 1885, por el asesinato de la anciana a cuyo servicio estaba. Durante la noche precedente al día en que había de ser ahorcado, en la prisión de Exeter, Lee tuvo un sueño en el cual fue conducido desde su celda, a través del sótano

de recepción, hasta la horca, instalada afuera. Luego fue colocado sobre el escotillón y allí estuvo esperando un rato, porque el mecanismo que abría la trampa no funcionaba. Por último, fue trasladado de nuevo a su celda siguiendo otro camino. Tan pronto como se despertó, relató aquel «sueño extraño y singular», como calificó él, al guardián ayudante y al oficial de guardia que le habían vigilado durante la noche. Ambos funcionarios dieron cuenta de aquel sueño al director de la prisión.

Todo sucedió como en el sueño. El reo no pudo ser ahorcado, y el capellán de la cárcel se negó a presenciar otro intento abortivo. El ministro del Interior conmutó la pena capital por la de cadena perpetua. Después de cumplir unos quince años de prisión, Lee se trasladó a América, donde murió después del estallido de la segunda guerra mundial.

Naturalmente, el sueño pudo nacer del deseo de no ser ahorcado, pero fallos en el mecanismo del escotillón eran muy raros, ciertamente. Por otra parte, el camino de regreso a la celda, que él describió de acuerdo con su sueño, era un camino que no había visto jamás despierto. Su visión fue clara y detallada, acaso por hallarse tan cerca del terrible acontecimiento.

Los sueños, no importa cuán vívidos y memorables sean, raras veces están separados de los acontecimientos correspondientes por un largo intervalo de tiempo. El intervalo más corriente oscila entre un día y un mes, aproximadamente. (A este respecto, mis dos sueños, ya descritos, fueron insólitos.) Los intervalos de diez años o así son tan desusados, que he apartado dos relatos de sueños por el hecho de que las personas que los tuvieron hubieron de esperar tanto tiempo.

Un hombre me dice que, siendo un niño de siete u ocho años de edad, tuvo «un vívido sueño» de sí mismo como joven soldado en servicio activo. El escenario era una estrecha faja de tierra, casi enteramente rodeada de agua. Desde una elevada colina, el enemigo disparaba «negras esferas del tamaño de balones de fútbol, aproximadamente, que brillaban bajo los resplandecientes rayos solares». Una de aquellas esferas cayó cerca de él, sin hacer explosión. En seguida aparecieron dos oficiales, quienes le pidieron que indicase el punto exacto, «porque deseaban tomar medidas, por alguna razón que no entendí».

Diez u once años después, a la edad de die-

cinco años, fue enviado a Gallípoli, donde halló no solo el escenario de su sueño, sino también los acontecimientos exactos—la granada sin estallar, los dos oficiales de artillería que deseaban determinar el alcance del cañón turco emplazado en Achi Baba—que recordaba desde su infancia.

El otro ejemplo de largo intervalo empezó con un «sueño muy vívido», cuando mi comunicante era una colegiala, poco después de la primera guerra mundial. Contó el sueño a sus padres y a su profesora de arte en la escuela. Soñó que se hallaba en una terraza cubierta de hierba, dominando un río, y que bajo los árboles había rústicas mesas redondas. «Había una cualidad extraordinaria—relata—en la sensación de luz y felicidad que irradiaba del sueño.» También se percató de que llevaba un vestido verde, cuando hasta entonces jamás se le había permitido usar nada de ese color, debido a las objeciones supersticiosas de su madre con respecto al mismo.

Diez u once años después, el día de la Pascua de Resurrección, en 1931, hallándose convaleciente de una grave enfermedad, fue con cuatro amigos a pasar el día en el bosque de St. Germain. «El día—continúa ella—estaba impregnado de una no desagradable sensación de expectación, pero yo tenía todavía bastante de inválida para dejarme llevar con gusto por las horas. Finalmente, el miembro francés del grupo sugirió que fuésemos al río. Fuimos, y allí estaba el escenario de mi sueño: las mesas, los árboles, mi vestido verde y, sobre todo, la luz y la ligera sensación etérea que experimenté en el sueño.»

Insiste ella en que ambas escenas no fueron «algo parecido», sino realmente las mismas, y dice que, siendo artista, posee una memoria visual excelente y experta. «Pero fue algo más que visual—concluye—, hubo también la cualidad emocional.» En efecto, y, como «la ligera sensación etérea» formaba parte de su estado de convaleciente en 1931, resulta tanto más notable el hecho de que tal sensación, no algo visto, sino algo sentido, hubiera estado en su sueño. Por otra parte, las sensaciones. Por otro lado, las sensaciones, a menos que se experimenten con mucha fuerza, no son fáciles de comparar.

En cuanto al escenario, no pude por menos que preguntarme si no lo habría visto ella, antes del sueño, en un cuadro, o en una re-